

El progreso del Peregrino (XXVI)

Continuación

y le es posible, viene al instante en su ayuda. De él se ha dicho: "Cuando alguno lo alcanzare, ni espada, ni lanza, ni dardo, ni coselete durará contra él. El hierro estima por paja y el acero por leño podrido. Saeta no le hace huir; las piedras de honda se le tornan aristas. Tiene toda arma por hojarascas, y del blandir de la pica se burla" (Job 41:26-29). ¿Qué puede hacer un hombre en tal caso? Verdad es que si pudiera un hombre tener en todas ocasiones el caballo de Job, y habilidad y valor para manejarle, haría cosas estupendas, porque "su cerviz está vestida de relincho, no se intimidará como alguna langosta; el resoplido de su nariz es formidable; escarba la tierra, alégrase en su fuerza, sale al encuentro de las armas, hace burla al espanto y no teme ni vuelve el rostro delante de la espada; contra él suena la aljaba, el hierro de la lanza y de la pica, y él, con ímpetu y furor, escarba la tierra, sin importarle el sonido de la bocina; antes, como que dice entre los clarines, "¡jea!", y desde lejos huele la batalla, el grito de los capitanes y el vocerío" (Job 39:22-28).

Pero peones como tú y yo nunca debemos desear el encontramos con tal enemigo, ni gloriarnos de que podamos hacerlo mejor, cuando oímos hablar de otros que han sido vencidos, ni engañarnos con la ilusión de nuestra propia fuerza; porque los que así hacen, por lo regular, salen peores de la prueba; testigo, Pedro, de quien he hablado antes. Quería vanagloriarse, sí; quería, según le movía a decir su vano corazón, hacer más y defender más a su Maestro que todos los otros; pero, ¿quién tan humillado y corrido por estos bribones, como él? Cuando, pues, oímos de la ocurrencia de tales latrocinios en el camino real, nos conviene hacer dos cosas:

Salir armados y no olvidar el escudo, porque, por falta de éste, aquél que atacó tan impávidamente al Leviatán, no pudo rendirle, porque, cuando nos ve sin escudo, no nos tiene ningún miedo. El que tenía más habilidad que todos ha dicho: "Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno" (Ef 6:16).

Bueno es también que pidamos al Rey una guardia; más aún: que él mismo nos acompañe. Eso hizo a David estar tan alegre, aun cuando se encontraba en el valle de la Sombra-de-Muerte. Y Moisés prefería morir antes que dar un paso más sin su Dios (Ex 33:15). ¡Oh, hermano mío! Con sólo que nos acompañe, ¿qué hemos de temer de diez mil que se opongan contra nosotros? (Sal 3:5-8). Pero sin él los soberbios caerán entre los muertos (Is 10:4).

Yo, por mi parte, he estado en la pelea antes de ahora; y aunque por la bondad de Aquél que es el sumo bien, todavía, como ves, estoy vivo; sin embargo, no puedo vanagloriarme de mi valor. Me alegraré mucho de no tener que pasar por tales encuentros, aunque me temo que todavía no estamos fuera de todo peligro. Sin embargo, puesto que ni el león ni el oso me han devorado hasta ahora, espero en Dios que nos libre de cualquier filisteo incircunciso que venga detrás.

En estas pláticas pasaban su camino, e Ignorancia detrás de ellos, hasta que llegaron a un punto adonde confluía otro camino que parecía continuar tan directo como el que ellos llevaban, y no sabían cuál de ambos elegir, que los dos les parecían igualmente derechos. Por tanto se detuvieron para pensar lo que habían de hacer, a tiempo que se reunió con ellos un hombre que tenía su carne muy negra, pero cubierta de un vestido muy claro, les preguntó por qué se detenían allí. —Buscamos—respondieron—la Ciudad Celestial; pero no sabemos cuál de los dos caminos escoger. —Seguidme—dijo el hombre—; allá me dirijo yo también—. Siguiéronle, pues, por el camino nuevo, pero éste, gradualmente, se iba torciendo, y hacía volver las espaldas a la ciudad a que deseaban llegar, de tal modo, que pronto vieron que se alejaban de ella sin embargo continuaron andando.

No había pasado mucho tiempo cuando, sin apercibirlo ellos, el hombre los enredó en una red tal, que no sabían cómo salir; al mismo tiempo, caía la ropa blanca de espaldas del hombre negro. Entonces se apercibieron de en dónde estaban, y dieron a llorar por algún rato, porque no podían librarse.

Vista lejana de la Ciudad Celestial



1. Los pastores les dijeron que las personas que andaban entre las tumbas eran las víctimas del Gigante Desesperación. Les sacó los ojos y los puso entre las tumbas. Con esto Cristiano y Esperanza se miraron el uno al otro con lágrimas en sus ojos, pero sin decir nada.



2. Luego, los pastores abrieron una puerta en el costado de un cerro. Dentro estaba oscuro y se oía un ruido como de fuego ardiendo, y gritos como de gente en tormento.



4. Cuando llegaron al final de los montes, los pastores dijeron: "Mostrémosles a los peregrinos la puerta de la Ciudad Celestial con nuestro telescopio." Cristiano y Esperanza tomaron el telescopio.



3. "Este," dijeron los pastores, "es un camino que conduce al infierno." Los peregrinos se dijeron el uno al otro: "Tenemos que clamar al Todopoderoso para tener fuerza."



5. Pero sus manos temblaban tanto que no podían mirar fijamente. Sin embargo pudieron ver algo de las puertas. Con esto los pastores les señalaron algo del camino que quedaba por delante y los despidieron.



1. Cristiano y Esperanza siguieron hacia la ciudad por el camino. Al descender de las montañas se encontraron en el país de Soberbia, donde un caminillo ondulante se unía al camino Real. Aquí se encontraron con un muchacho.



2. Su nombre era Ignorancia y también iba a la Ciudad Celestial. "Pero," dijo Cristiano, "no entraste por la puerta."



3. "'Caballeros,'" respondió Ignorancia, "seguid la religión de vuestro propio país y yo seguiré la mía." Con esto los dos siguieron andando; Ignorancia los siguió de lejos.



4. Llegaron a un caminillo muy oscuro donde encontraron a un hombre a quien siete demonios hablan atado con siete cuerdas. Lo estaban devolviendo a la puerta que los peregrinos habían visto a un lado del monte.



5. Cristiano pensó que podría ser Volver Atrás, del pueblo de Apostasía, pero no le vio su cara pues agachaba su cabeza. En sus espaldas llevaba un letrero para que todos leyeran.

CRISTIANO - Ahora veo que hemos caído en un error. ¿No nos aconsejaron los Pastores que nos guardáramos del adulador? Según el dicho del Sabio, hemos experimentado hoy que el hombre que lisonjea a su prójimo red tiende delante de sus pasos (Pr 29:5).

ESPERANZA - También nos dieron una nota de las direcciones del camino, para que pudiéramos estar seguros de acertar con él; pero también nos hemos olvidado de leerla, y por eso no nos hemos preservado de las vías del Destructor (Sal 17:4). Así estaban los pobres presos en la red, cuando, por fin descubrieron a uno de los Resplandecientes, que venía a ellos con un látigo de pequeñas cuerdas en su mano. Cuando hubo llegado a ellos, les preguntó de dónde venían y qué hacían allí. Dijéronle que eran unos pobres peregrinos que iban caminando hacia Sión, pero que habían sido extraviados por un hombre negro vestido de blanco que los mandó seguirle, porque él también se dirigía allá. Entonces contestó el del látigo: —Ese era Adulador, falso apóstol, transformado en ángel de luz (2 Cor 11:13-14).

En esto rompió la red y dio libertad a los hombres, y les dijo: —Seguidme a mí, yo os pondré otra vez en vuestro camino—. Y de esta manera los volvió al camino que habían abandonado por seguir a Adulador. Contáronle entonces que la noche anterior habían estado en las montañas de las Delicias; que habían recibido de los Pastores una guía para el camino; pero que no la habían sacado ni leído por olvido; y, por último, que aunque habían sido prevenidos contra Adulador, no creyeron que fuese el que habían encontrado.

Entonces vi en mi sueño que les mandó echarse al suelo, y los castigó con severidad para enseñarles el buen camino, que nunca debían haber dejado; y mientras los castigaba les decía: —Yo reprendo y castigo a todos los que amo. Sed, pues, celosos y arrepentíos—. Hecho esto, les mandó proseguir su camino y tener mucho cuidado de obedecer a las demás directrices de los Pastores, con lo cual ellos le dieron las gracias por tanta bondad, y emprendieron de nuevo su marcha por el camino recto, procurando no olvidar la severa lección que habían recibido, y dando bendiciones al Señor, que había usado con ellos tanta misericordia.

CAPITULO XVIII

Los peregrinos se encuentran con Ateo, a quien resisten con las enseñanzas de la Biblia. Pasan por Tierra-encantada, figura de la corrupción de este mundo en tiempos de sosiego y prosperidad. Medios con que se libraron de ella: vigilancia, meditación y oración.

Poco trecho habían andado en su camino, cuando percibieron a uno que avanzaba solo, con paso suave y al encuentro de ellos. Dijo entonces:

CRISTIANO - Ahí veo uno que viene a encontrarnos con sus espaldas vueltas a la ciudad de Sión.

ESPERANZA - Sí, le veo. Estemos apercibidos por si es otro adulador.

Habiendo llegado ya a ellos Ateo (tal era su nombre), preguntó adónde se dirigían.

CRISTIANO - Al monte Sión.

Entonces Ateo soltó una carcajada estrepitosa.

CRISTIANO - ¿Por qué se ríe usted?

ATEO - Me río al ver lo ignorantes que sois en emprender un viaje tan molesto, cuando la única recompensa segura con que podéis contar es vuestro trabajo y molestia en el viaje.

CRISTIANO - Pero, ¿le parece a usted que no nos recibirán allí?

ATEO - ¿Recibir...? ¿Dónde? ¿Hay en este mundo; lugar que soñáis?

CRISTIANO - Pero lo hay en el mundo venidero.

ATEO - Cuando yo estaba en casa, en mi propio país, oí algo de eso que decís, y salí en su busca, y hace veinte años que lo vengo buscando, sin haberlo encontrado jamás (Jer 17:15).

CRISTIANO - Nosotros hemos oído y creemos que lo hay y que se puede hallar.

ATEO - Si yo no lo hubiese creído cuando estaba en casa, no hubiera ido tan lejos a buscarlo; pero no hallándolo (y a existir tal lugar, seguramente lo hubiera encontrado, porque lo he buscado

Continuará